

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Controlar a los jueces

Era imposible permanecer indiferente ante tanta ignorancia. La educación y el decoro de los agentes del mal desde posiciones encumbradas, hacen posible la convivencia de la buena fe con la injusticia. Pero aquello no era un debate entre políticos y jueces. Ni una áspere discusión entre profesionales del poder y de la justicia. Era canibalismo puro. Una merienda de negros. La televisión revela aspectos profundos de la maldad intelectual que asustarían a los criminales por instinto. Causa pavor que tanta «mala leche» concentrada pueda presidir los más altos Tribunales en nombre de la sabiduría de la cátedra. Allí no había la menor preocupación por el saber ni por la dignidad personal, salvo en el magistrado Manzanares. A quien le asistió en todo momento la razón, salvo en la de no retirarse a tiempo. El Magistrado Arribas no participó en el linchamiento de su compañero, pero habló como hombre político en busca de consenso, y no como juez a quien otra Magistrada le está diciendo que el poder judicial debe estar controlado por el poder político. El «vivan las cadenas» no cambia de signo aunque sean de oro. La compostura del diputado del PNV se unió a la locura del diputado del PSOE, para someter la justicia a la soberanía de los aparatos de partido, como remachó bien el Sr. Valiente.

★

Este político del «felipismo» introdujo la insidia de pedir un control externo del poder judicial, para darnos una lección magistral de ignorancia sobre la división de poderes. Atribuyó esta idea a Montesquieu, sobre el antecedente de Locke. ¡Que desfáchez! Todo estudiante de la materia sabe que la división de poderes es cosa democrática muy diferente de la cosa liberal de la separación de poderes. Aquella procede del principio federalista de F.F.U., explicado por Tocqueville. Mientras que la separación de poderes fue la característica de la Monarquía constitucional inglesa, explicada por Locke con el principio de la preponderancia del legislativo sobre el ejecutivo. Y contra esa preponderancia edifica Montesquieu su teoría pre-democrática del equilibrio de poderes. Y es él quien dice exactamente lo contrario del Sr. Valiente: 1. No hay libertad si el poder judicial no está separado del legislativo y del ejecutivo. 2. Todo estaría perdido si un mismo grupo (partido) reuniese el poder de hacer leyes, ejecutarlas y juzgar los crímenes. 3. De los tres poderes, el judicial es «en quelque faon nulle», por lo que son los otros dos los que tienen necesidad de control. La idea del equilibrio no la tomó de Locke, sino del historiador Rapin.

★

El problema de la magistratura no es el de su poder, casi nulo, sino el de su independencia frente al poder político. Una larga tradición ha hecho de la magistratura española un mero apéndice del poder ejecutivo del Estado, a través de su subordinación al Ministerio de Justicia. Cuya sola existencia denota ya que los jueces pueden ser independientes en el ejercicio de su función si, y solo si, no tienen que juzgar asuntos del Estado. Y los principales adversarios de la independencia judicial no están en el exterior de la carrera, sino en la cúpula orgánica que la controla y disciplina en interés y beneficio del Gobierno. Lo que inspira temor a los ciudadanos no es el poder de los jueces, sino su falta de poder; no su independencia incontrolada, sino su controlada dependencia de quien los promociona en sus carreras. Y aunque no sea solución definitiva, mientras los aparatos de los partidos sean señores del Estado y del apéndice parlamentario; mientras no se introduzca en la Constitución la total separación del legislativo frente al ejecutivo, con elecciones directas del pueblo, la única garantía de independencia judicial está en el orgullo corporativista, moderado con la participación de los profesionales del derecho en la elección de su órgano rector. González simboliza la quintesencia de la moral de la transición. Su amigo Valiente, la de la cultura.

TRIBUNA LIBRE

Cuando la Historia rebasa la historia

[FERNANDO MORAN]

«El aire de Jerusalén está saturado de oraciones y sueños como el aire de las ciudades industriales de humo. Es difícil de respirar». (Amichai Yehuda)

JERUSALEN, y en gran medida Israel, no es solamente historia conflictiva: es la relación de tres historias que nunca se liberan de una dimensión suprahistórica. Tres versiones de lo que trasciende lo concreto, determinado por fechas y geografía. De ahí su carácter esencialmente polémico, al menos hasta ahora. Para decirlo como otro escritor israelí: Israel significa el poder de la memoria sobre las mentes de los hombres y mujeres (Amos Elon «Jerusalén, ciudad de espejos»).

Este carácter trascendente de la comunidad nacional hace difícil el trato rutinario en las relaciones intergubernamentales con aquel país. El diálogo diplomático exige la relativización. Incluso su territorio se siente como una definición superior a la voluntad de los hombres: Eratz Israel, la tierra de Israel, ha sido concedida y fijada por Jehová en su convenio con el pueblo elegido.

Para quien, más que pensar, siente así existe algo difícilmente aceptable en los imperativos de la convivencia entre

pueblos, en lo recomendado por la sabiduría y por la prudencia política; en todo caso, es muy costoso de asimilar el inevitable trato entre paz y concesión de territorios.

Por eso el tremendo esfuerzo, el heroísmo de quienes educados en la tradición llegan a la conclusión de que la subsistencia, desarrollo y la normalidad de su pueblo impone el compromiso, la concesión el equilibrio entre logros y compensaciones. Mucho más si se es un *sabra*

pionero y colonizador la cultura y reflejos israelíes deben mucho a las mujeres.

Pero, el conflicto profundísimo no se agota en esa necesaria reducción de lo trascendente para poder vivir lo cotidiano.

Israel es el ámbito de una profunda oposición de dos corrientes: la modernizante, en cierto modo laica y democrática del progresismo centroeuropeo y euroriental; y la radical tradicionalista, rigurosa, fundamentalista de quienes realizan en nombre de Dios una historia concreta. (Como es sabido, los fundamentalistas rechazan la misma idea del Estado de Israel y rehúsan el servicio militar).

En el mundo modernizante y antitotalitario de fines de la segunda guerra mundial como bajo el impacto general del Holocausto, prosperó en Israel y fuera de él la primera versión. La representada por Ben Gurion o Shrett, cuya fidelidad a la versión bíblica es dudosa. Pero, naturalmente los fundadores pactaron con el principio legitimador de ser el pueblo elegido.

En la cultura política occidental la versión predominante era la de un Estado modernizador y en buena parte laico en el Próximo Oriente. La Diáspora, sobre todo en Estados Unidos, Reino Unido y Francia, hizo triunfar esta versión.

Rabin llegó a la conclusión de que la subsistencia de Israel requiere el compromiso

(nacido en Israel) y un *aske-nezi*. Como era el caso de Isaac Rabin. Incluso más si se es un hijo de esa generación de mujeres fundadoras que están en el origen del Estado israelí, la generación *kibbutz* o metropolitana nacida y operante bajo mandato británico. Como en todo pueblo

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

Consternación por el magnicidio

éstos (la extrema derecha israelí, ciertos círculos del partido Likud) y los convertía en «corresponsables de la muerte de Rabin»: «Las palabras no matan, pero pueden inducir a ciertos individuos a hacerlo».

Para el ABC, el propósito del asesinato es «tan vil como inútil» como baldíos fueron los de los asesinos de Sadat en 1981: «Tanto a los árabes que ponen pegajosa las negociaciones como

a los israelíes que no desean hacer la paz ahora, les conviene tener presente que el tren de la paz puede tardar mucho tiempo en volver a pasar». ABC confía en Peres —«que ha luchado por la paz tanto como él»— y espera que el proceso esté terminado antes de que la oposición al laborismo vuelva al poder ya que, de otro modo, «quizá haya que volver a empezar todo desde cero».

Diario 16 —que ayer no tenía el suplemento *El Figaro Magazine* y anunciaba para el futuro una nueva oferta dominical— llama al asesino «maníaco religioso» y se muestra cauto en la evaluación de los efectos de un magnicidio «cuyas consecuencias serán, con toda seguridad, de gran alcance, y que aún es pronto para evaluar en toda su dimensión». Para *La Vanguardia*, el asesinato es «un duro revés para la paz» aunque no elimina la esperanza: «A Rabin, que incluso fue tachado de *traidor*, el tiempo también le dará la razón. No hay alternativa viable al intercambio de territorios por paz». El diario